

El trasluz

Háganle un hueco



Juan José Millás

No me gusta el tenis. Tampoco me disgusta. Simplemente, no pertenece a mi constelación de intereses. Las constelaciones que nos rodean son limitadas, como nosotros. A veces, algo que no pertenece a tu constelación se cuele en ella por una rendija. Por uno de los agujeros del azar. El caso es que recibí de una editorial (Duomo) un juego de pruebas de “Open”, la autobiografía de André Agassi, que fue en su día número uno del tenis mundial y cuyo nombre apenas me sonaba. Le di al libro, por cortesía, una oportunidad (luego comprobaría que me la había dado él a mí) y me enfrenté a la primera página para catar su textura. Acabé de leerlo en un par de días de inmersión.

La verdad, resulta apasionante meterse en la cabeza de un hombre que aguarda en su esquina la llegada de una pelota que vuela hacia él a más de doscientos kilómetros por hora. Abruma la cantidad de variables que influyen en la devolución correcta: tu concentración, la clase de pista, el tensado de las cuerdas de tu raqueta, el conocimiento de los miedos del que acaba de sacar, el control de tu propio pánico, la rara desconexión que se produce

entre tu cuerpo y tú. El dolor casi insoportable de los músculos hiperdesarrollados o atrofiados en función de esa rara actividad en la que se recorren un par de metros a gran velocidad y se frena en seco, sometiendo a la arquitectura ósea a un juego de contrarios insufrible. La posición de la muñeca, el número de grados exactos que hay que girar el tronco para dar un revés... Saber que cuando estás devolviendo la pelota estás literalmente golpeando al adversario. Un juego de contacto físico sin contacto físico. La cortisona, el ibuprofeno, los vendajes, las heridas, la dulzura de muchas derrotas, el sabor amargo de algunas victorias. Los ritos, los protocolos, el terror de ida y vuelta, la importancia de la atmósfera mental, del frío, de la lluvia, del estado de ánimo...

Todo ello contado por alguien que empieza confesando que odia el tenis. Por alguien que no consigue hacer suyo el deseo de otro (el de su padre) de alcanzar el número uno. Una aventura existencial única con la que, sin embargo, resulta muy fácil identificarse. Creo que ustedes tendrán que esperar para leerlo hasta septiembre. Pero vayan haciéndole un hueco en su memoria.